

TERCERO.

(INEDITO.)

La M. . . . desfallece entre nosotros. ¿Por qué?

¿Debe desfallecer?

Ha por ventura desaparecido el mal de la superficie de la tierra?—No hay ya miseria que aliviar, caídos que rehabilitar? ignorancia que disipar!—¿No hay ya guerras nacionales ni civiles que extinguir, que aplacar discordias, anarquías ó despotismos que combatir?—Han desaparecido los errores fundamentales que dividen las creencias de los pueblos engendrando la separación y los odios?—¿No hay bárbaros y salvajes que civilizar, esclavos que redimir, —multitudes ignorantes que es necesario elevar á la categoría de hombres libres?—Está el mundo tan uniformado en religion y política, que la verdad no necesita propaganda y sacrificios?—Y para reasumirlo todo en una palabra—Resplandece el bien, ó impera la virtud en la mayoría de los hombres?

—No h. . .

Y para llenar de algun modo programa tan grandioso, creemos por ventura que las religiones positivas, los sistemas de gobierno, y los partidos que militan, sean suficientes ó entrañen la solución de los problemas, ó contengan los medios eficaces de desarrollar los bienes, de garantir los progresos y de pacificar los espíritus?

Si hay alguno que lo crea, que se presente, y que esponga la nueva, ó la antigua revelación,— Si hay alguno que tenga su mesías encarnado en alguna religion, política, ó utopia—que se presente y nos diga como Jesu-Cristo *¡yo soy la vía, la vida, la salvación!*

—¿No vemos al mundo cargado de religiones y de templos, sin que de ninguno de ellos salga esa voz que necesita el alma humana para regenerarse, para levantarse, para buscar esa ciudad de justicia, testamento de todas las edades y profecía de todas las creencias?

Cada religion se cree poseedora de la verdad y cada una de ellas cree que la salvacion depende de su credo.—De donde se deduce que ó todas ellas son falsas, ó todas ellas contienen los elementos de la verdad inmutable algunas veces eclipsada, pero jamás perdida en la memoria que la transmite ó en la razou universal que la descubre.

Yo creo mis h.: hacerme el intérprete de vuestro deseo por el bien, de vuestras buenas intenciones y callados pensamientos, de la grande interrogacion que con conciencia ó inconsciente acosa vuestras inteligencias, cuando al frente del tremendo problema del mal, de la desgracia, ó de la duda, volveis vuestras miradas al ser supremo pidiendo una iluminacion que os disipe las tinieblas y os euseñe la via de vivir con provecho ó de morir con gloria.

Yo creo no defraudar vuestras esperanzas, en este acto tan solemne para mi,—si ayudado por la buena disposicion para escucharme, me acompañais con vuestro buen deseo para sostener mi discurso sobre el oceano proceloso de los tiempos.

¿Qué queremos?

En esta pregunta va encarnada la grandeza del hombre y de su destino.

El animal—y todos los seres inferiores, siguen mudos el camino de la fatalidad sin inquietarse, sin temor y sin esperanza.

Pero en el hombre se despierta una tremenda inquietud.—El quiere saber donde vá, lo que es, de donde viene, lo que será!

El siente una fuerza sublime que se llama libertad, que pide una direccion.

El tiene una inteligencia que se abre sobre la creacion para conocer sus leyes—y busca la ley del ser humano.

El siente su corazon como la copa eucantada de la vida que desborda de amor y de pasiones,—y quiere y debe saber lo que ha de amar.

—Y en todo tiempo para la necesidad de la inteligencia se presenta el dogma.

—Para la direccion de la libertad la ley ó la moral.

Y para la satisfaccion de su amor la santa humanidad con su cortejo que es la patria, la amistad, la familia, á todas las relaciones sociales, á Dios como fin y principio / coronacion de la existencia en el seno de la eternidad que nos envuelve.

Pero el amor sin el conocimiento es la atracción sin centro.

La ley ó la moral sin el dogma, es una opinión, vaga y flotante, incapaz de apremiar la voluntad.

Es pues necesario que sepamos porque debemos obedecer, lo que debemos amar y preferir.

Esa ciencia es el dogma.

Ahora se presenta una cuestión. ¿Cual dogma?

Entraremos nosotros á discutir todas las creencias?

¿Pero con qué principio superior las juzgaríamos?

Tenemos el criterio?—poseemos alguna creencia madre, fundamental é incontrastable que nos sirve de base para levantar el edificio de los principios?

Sí,—Creemos en el grande A. D. O.—Creemos en la libertad del hombre—y esto basta.—Con esos dos principios nos ceamos.